

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel*

*Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio*

*Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

	<b>3</b>	<b>La Providencia</b>
<i>Jorge M. Blunda</i>	<b>5</b>	<b>La Providencia en las Sagradas Escrituras</b>
<i>Olivier Boulnois</i>	<b>20</b>	<b>Nuestro concepto de Dios y de la Providencia</b>
<i>Mons. Peter Henrici</i>	<b>31</b>	<b>La Providencia de Dios en nuestra vida</b>
<i>Clara Gorostiaga</i>	<b>42</b>	<b>Providencia y vocación</b>
<i>Luis M. Baliña</i>	<b>48</b>	<b>Los pobres, testigos de la Providencia</b>
<i>Ma. Luisa Malbrán</i>	<b>54</b>	<b>La Providencia del más pequeño</b>
<i>Federico Peltzer</i>	<b>71</b>	<b>Algunas manifestaciones de la Providencia en la literatura española</b>
<i>Guy Bedouelle</i>	<b>82</b>	<b>Cine y Providencia: Tarkovski, Subiela y Kieslowski</b>

---

# La Providencia del más pequeño

*María Luisa Malbrán de Gowland\**

*Non coerceri maximo,  
contineri minimum,  
divinum est\**

San Ignacio de Loyola

Cuando me propusieron reflexionar sobre este tema, la inquietud de una pregunta y la misericordia de una respuesta volvieron a mi memoria con una presencia grávida de sentido. María, “Sede de la Sabiduría”, que recogía en su silencio ese misterio oculto a nuestra mirada, había suscitado en mí la pregunta que la interrogaba acerca de esa sabiduría, tan diferente a aquélla otra detrás de la cual había corrido tantos años.

La respuesta de María fue muy concreta. El día previo al nacimiento de nuestra séptima hija, el texto evangélico que lo precedió fue el de Lc. 10,21-22: el “Magnificat” que canta Jesús al Padre iluminaba con su luz el sentido de este acontecimiento tan particular del nacimiento de Sofía. En efecto, Sofía nació con síndrome de *Down* y era la más pequeña de nuestra familia. Iba a permanecer siempre la más pequeña y se hacía ella misma respuesta a aquella pregunta por la sabiduría, al tiempo que nos invitaba a participar de la revelación que el Padre realiza en los más pequeños. Tardamos en ir descubriendo su sentido y aún estamos en camino. Ella nos hizo cruzar una zanja y tomar contacto con un mundo desconocido; gracias a ella conocimos “El Arca”<sup>1</sup> y esta espiritualidad

---

\* Profesora de filosofía.

“Lo que no pudo ser abrazado por algo más alto que él, y fue constreñido en lo más pequeño, es lo divino”.

<sup>1</sup> “El Arca” fue fundada por Jean Vanier, junto con el padre T. Philippe, en el año 1964. Son comunidades donde conviven personas con discapacidad mental y asistentes en una relación de amor y de amistad. En este momento hay 120 comunidades del Arca de todas las culturas, confesiones cristianas y lenguas en más de 90 países.

que fue dando palabras a este acontecimiento personal y familiar, fue suscitando el deseo del nacimiento de estas comunidades en nuestro país. Es sólo desde esta experiencia que puedo hablar sobre este tema. En el más pequeño anida una inmensidad. "La providencia del más pequeño" es nuestra evangelización que exige de nosotros un camino opuesto al que nos invita el mundo, nuestra propia naturaleza y nuestra interpretación de la felicidad... para entrar en la paradoja de las Bienaventuranzas.

Así, en la primera parte, trataré de hacer ver ese doble movimiento de la Sabiduría que, como la respiración propia del alma, se abre a la totalidad y a la luz para, finalmente, en su repliegue, recibir la revelación oculta en el pequeño, que trataré en la segunda parte.

*"En aquel momento se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: "Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.*

*Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar." (Lc. 10,21-22)*

## **I- Dos movimientos hacia la Sabiduría:**

a) *"Lo que no pudo ser abrazado por algo más grande que él..."*

*"Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes..."*

En la belleza del cosmos se encuentra dispersada la gloria del Creador y la naturaleza misma se vuelve lugar de su manifestación. El impulso del *eros* como la fuerza de un amor, habitado por tantas ausencias, va recorriendo la superficie de la tierra, siguiendo el rastro de la Sabiduría, cuando iba ella también creando, danzando y buscando sobre esta tierra un lugar donde morar, donde descansar (Si 24,2-17). Encabalgados en la fuerza ascensional y sublime, seguimos las huellas de la gloria de Dios y participamos de su Sabiduría en la cual fueron hechas todas las cosas. Así nuestra razón asciende por las escaleras de la analogía, despojando a la realidad de su carnalidad para apresar aquella unidad que pulsa en ella.

Prodigalidad de Dios. Prodigalidad del ser. Razón pródiga; infinito sin límites donde nos distendemos buscando aquello que contenga esa totalidad, esa infinitud capaz de saciar nuestra sed de infinito, nuestra ilimitación esencial. Pero pronto caemos en la cuenta de que “no hay nada más alto que lo pueda contener, ningún concepto de tal amplitud que lo pueda “constreñir”, “abrazar” a ese Dios; y queriéndolo alcanzar nos llegamos fatigados a los umbrales del misterio, divisando sólo la tierra prometida sin poder entrar en ella. El mismo se aleja frente a nuestra pretensión de posesión, de comprensión exhaustiva. Quizás ese camino hacia el Altísimo, es necesario para que el ímpetu del *eros* deje paso, en reverencia y humildad, al *Agape* que, descendiendo de lo alto busca morar en lo pequeño, en lo más pequeño.

A la búsqueda propia de nuestra razón de algo más grande desde donde comprender a su Dios, se nos abre un camino que se va ensanchando en una “no-comprensión” creciente. La filosofía y la teología pueden bien, de una manera u otra, ser tomadas por la desmesura de Dios, pero sólo aquel que cree de manera viva es verdaderamente introducido en la noche de un Dios “siempre-más-grande”, y el creyente perfecto está encarnado en María.

*b) “Fue constreñido en lo más pequeño” “y se las has revelado a los pequeños”*

María vive en su cuerpo, en su vida, este descenso del “siempre-más-grande” a su pequeñez y este acercamiento inusitado, lejos de hacerle borrar las distancias, la interioriza y profundiza postrándola en permanente adoración. María reza amando, ama con su corazón palpitante y en el silencio de sus propios latidos, deja ser la Voluntad del Padre. Así María suplica el cumplimiento de la promesa, la venida del Mesías. Expandido su corazón hasta la altura ilimitada de su nada, única capaz de contener la infinitud de un Dios, es revestida con la verdad del Amor: “Llena de Gracia”, (Lc. 1,28) pues el Señor es con ella, de tal manera que abraza esta solicitud amante-orante y la cubre con su sombra y con el poder del Espíritu la penetra conteniéndola en los contornos de la divinidad encarnada. El infinito deseo de amor reza en ella y su oración se convierte en la infinita eficacia del deseo de Dios. En María desciende el cielo en su realidad trinitaria. El poder del Altísimo la cubre con su sombra... la cubre y la contiene en el abrazo nupcial del Padre-Esposo, ocultándola a todos los ojos sensibles, a la vez que oculta en su intimidad la

Gloria de su Hijo. A diferencia del Antiguo Testamento, la Alianza en María se hace interior. Aquella sombra que cubrió antiguamente la gloria del Señor como una nube (Ex. 13,22; 19,16; 24,16) diseñando en los espacios exteriores el templo, el lugar de su Presencia, en María la penetra interiorizando a su Dios y haciéndola a ella misma Templo del Espíritu Santo.

“María, como “madre-virgen” abre su seno para acoger el semen de la Palabra” y en ella fructifica el don como en la tierra libre que se deja cubrir con la iniciativa del Padre. Esta fructificación es consecuencia de ese inefable “boca a boca” entre el Espíritu de Dios y el espíritu de María, como un beso (sapiencia de *sapere*) en que ella experimenta la esencia específica de la sabiduría divina, que es una con el amor, hasta el punto que de esta experiencia del Espíritu, que sobre ella afluye y la toma en posesión, brota su entrega en plena consonancia: “Yo soy la esclava del Señor, hágase en mí según Tu Palabra”<sup>2</sup>.

Lo que recibe María no es un embrión humano, lo que recibe es el Bien-amado divino; El le entrega su corazón ardiente. El primer don que El hace a María es el de su corazón ardiente de amor. El primer don que Jesús ha hecho a su madre y “ por ella” y “en ella” a toda la humanidad y al mundo, es su corazón humano, íntimamente y sustancialmente unido al corazón inmaculado de María. Y este don constituye el secreto más íntimo de nuestro ser: la posibilidad de entrar en su cauce, en su vida íntima de amor intratrinitaria.

El misterio de la Encarnación se vuelve el misterio central de nuestra fe y de nuestra verdad. Más allá de la contradicción, la razón se trasciende, descendiendo al corazón, para abrirse al lenguaje de una paradoja que en el choque entre lo más distante –la grandeza de Dios y nuestra pequeñez– abre un nuevo espacio de luz. La luminosidad del logos del amor, si bien no contradice al logos de la razón, lo invita a trascenderse y a entrar descalzo en su territorio donde su fuego, sin consumir, habita lo más pequeño desde donde irradia y resplandece “la revelación plena” en lo pequeño del corazón del Padre: su Hijo. Al igual que en María, el centro de nuestra contemplación será este misterio: un Dios que toma el camino del descenso hacia nuestra humanidad despojándose hasta de la propia gloria, (Fil.2,6-11) para, en el espesor de esta pobreza, volverse ofrenda, eucaristía, encerrando en sí la clave de las “Bienaventuranzas”, de nuestra buena aventura y de nuestra unidad.

<sup>2</sup> H. U. Von Balthasar, *La Oración Contemplativa*, p. 59, ed. Encuentro Ediciones.

Diciendo "Sí" a Dios, María no abandona su unión con José; por el contrario, la profundiza aún más en esta comunión que, incluso en su virginidad, es una verdadera unión conyugal. El ángel habla tanto a María como a José: ambos tienen parte en la misma misión, y esta unidad en la misión es la más profunda que puede existir entre dos seres humanos. Este aspecto comunitario del misterio de la encarnación nos indica el lugar en que se realiza el camino de las Bienaventuranzas. En el centro de este misterio se encuentra la voluntad de Dios de ser uno de nosotros, y de entre nosotros, el más pequeño. Esto cambiará, transformará las relaciones de los hombres entre ellos. En el A.T. todos tendían a Dios por caminos inmediatos, poco religados los unos a los otros. Un profeta, un ángel, eran los mensajeros de Dios. Pero la nueva buena dice de "amarnos los unos a los otros" porque el Señor es uno entre nosotros y en todas las relaciones humanas algo de la Eucaristía del Hijo de Dios toma vida. Cuando entremos en relación con otra persona, una relación esencial o no, no sabremos jamás si en esta persona no se ha tocado (puede ser herido o desdeñado) algo sagrado. Porque ahora Dios se ha acercado de manera inquietante y se ha hecho prójimo de modo que todo lo que es humano se pone bajo otra luz, la luz de las Bienaventuranzas, que El mismo vivió, reconciliando en su ser paradójico los dos órdenes: las exigencias de la santidad y de la felicidad; el Corazón de Dios y el anhelo de nuestro corazón.

## II) Providencia del más pequeño:

... "es divino" "y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar"

El padre Rahner dice: "Dios se ha reservado la ciencia del corazón", es decir "la sabiduría del corazón". Esto quiere decir que es Dios mismo el que quiere educar el corazón humano a través de su Hijo. Jesús ha venido para enseñarnos una religión del amor. Se hizo pequeño para enseñarnos el lenguaje del corazón y es en el pequeño en quien se revela este corazón.

Jesús en su despojo se hizo "el pobre de espíritu", "el bienaventurado". A El, como a su madre, lo llamarán feliz pues Él lo ha recibido todo del Padre. Puede predicar las bienaventuranzas pues El mismo ha experimentado la paradoja que encierra el camino de la Cruz, como si atravesando dolorosamente las lágrimas, la persecución, la sed, el ham-

bre, la muerte hubiese saboreado su centro de consuelo, de protección, de saciedad, de Vida en el Espíritu. En el máximo descenso, la máxima Vida.

Es desde el latido de este corazón pleno del Amor compasivo del Padre que Jesús predica las Bienaventuranzas, que alaba al Padre por su preferencia por los más pequeños, elegidos como lugar de la revelación de Su singular y divino Amor.

A Dios no se lo puede ver; solo el Hijo lo conoce...” pero se lo puede escuchar a través de Jesús, y este es el único mandato del Padre: “Escuchadlo”. El dice: “Yo te bendigo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes y se las has revelado a pequeños”. “Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito”.

Jesús, Palabra encarnada, es también la Voz de los que no tienen voz. Es la Voz de un pueblo que no tiene palabra, de aquéllos que son rechazados, considerados “locos”, que no pertenecen al mundo y se encuentran marginados y que muchas veces son excluidos incluso de la Buena Nueva de Jesús. Jesús quiere ser la Voz de todos los pequeños. De aquéllos que se sienten inútiles, que experimentan ser un peso para la sociedad, un escándalo por su discapacidad para la gente que se dice “normal”. Es la Voz de todos aquellos que están heridos en su corazón, abandonados. Todos aquéllos que viven en la angustia de su aislamiento, que viven con un sentimiento profundo de culpabilidad porque nadie les dice que son “preciosos a los ojos del Padre” y tan importantes que son justamente ellos los elegidos como lugar de su revelación. Y esta iniciativa del Padre cobra realidad en el propio Hijo que se solidariza tan profundamente con la compasión del Padre, que El mismo se hace el más pequeño, de tal manera que eleva su Voz al Padre por Él y por todos los que ahora en Él tienen un lugar, el lugar de la complacencia del Padre, donde su Amor puede descansar: Su Hijo.

“Sí Padre, porque tal ha sido tu beneplácito”, y en esta alabanza nos introduce en el corazón del Padre, nos manifiesta quién es el Padre. Así como el Padre, en el Bautismo de Jesús, da testimonio de su Hijo, ahora el Hijo da testimonio de su Padre. Jesús es la Voz que nos revela al Padre como el Señor del cielo y de la tierra, y nos revela ese reinado de un amor tan diferente al nuestro, de un amor cuyo desinterés y gratuidad sólo el verdaderamente pobre puede experimentar. Ese amor gratuito del Padre que hace las cosas según “su beneplácito”, al igual que en el Éxodo, saca de nuestra pretensión ese derecho que es sólo suyo, arranca de nosotros la proyección de nuestro mérito en su gratuidad, pone a

la luz la razón última del amor: “amar porque sí”, y al hacerlo nos abre su intimidad para que avizoremos ese raro amor de misericordia que se empeña por “lo no tenido en cuenta” por nosotros, escándalo para los judíos, locura para los griegos.

Esta Voz agradece también por aquéllos que en su desprendimiento y despojo han creado espacios de interioridad. Ellos se han hecho morada donde dialogan amorosamente el que habla con el que escucha y responde. Ellos también en su decisión de discípulos toman este camino contrario a nuestra fuerza natural para, en esta contrariedad, descender al punto de encuentro con Jesús y allí ser elevados en brazos del Buen Pastor al seno del Padre. Así, esta sabiduría nueva revelada por Jesús en su camino de descenso, no la podemos recorrer solos. El pequeño, se hace lugar privilegiado de esa revelación que anida en su pequeñez. El nos lleva de la mano por el camino del descenso pascual para desde allí ser elevados al corazón del Padre. No podemos seguir este camino si no es de la mano del pobre. A partir de la Encarnación nos abrimos al misterio del pobre y de su misión en el mundo y a Jesucristo que, vuelto a hacerse presente en el pequeño, es “el Camino, la Verdad, la Vida”.

*a) El pobre, revelación de nuestro yo:*

“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos”.

El primer fruto de la pobreza interior es la escucha. Vaciados de nosotros mismos, en el silencio de lo que nos agita y retiene, podremos percibir, más allá de la palabra ahogada, el grito que llama, que nos llama. Solo la fe puede percibir el grito sordo que surge del marginado: ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué? Este grito unido al de Jesús en la Cruz que, habiendo sido abandonado por todos, vive el abandono del Padre, se puede oír también en los que aún no teniendo voz gritan y nos confrontan con su pregunta: ¿Por qué?, ¿Qué hay en nosotros que, al igual que el rico Epulón, no nos deja cruzar el umbral de nosotros mismos, de nuestra rica mansión para allí ver que, escaleras abajo, afuera del ancho pórtico, se encuentra Lázaro?

¿Por qué me has abandonado? Al igual que el rico Epulón, nos revestimos de lino y seda. En este pasaje (Lc.16,19-26) entre el rico Epulón y el pobre Lázaro ya se hace presente el abismo que los separará por toda la eternidad, como si ese lugar, como una zanja

–“abajo y afuera”– que ocupa Lázaro, se hubiese socavado de tal forma hasta hacerse infranqueable. Lázaro durante largas horas en que contemplaba el espectáculo del mundo, iría amasando una pregunta ¿Por qué? El sólo deseaba las migajas que caían de la mesa para saciar su hambre que, como una puñalada, conmovían sus entrañas; su hambre de entrar en comunión, de compartir ese pan que nada le quita al otro pues es sobra, migaja que cae al suelo, el sueño de la alegría de ser saciado por el otro, de ser reconocido, de ser calmada esa soledad que ya era un grito; y la fiesta se haría allí, en ese encuentro, en ese gesto. Pero las miradas no se cruzaban; los lugares diferentes iban diseñando un abismo; la noche y la espera cerraban sus ojos, recogían sus manos suplicantes y sólo quedaban el abandono y el grito dentro, para ser recogido por el Padre, para ser introducido en el seno de Abraham, para mirar desde allí al seno infranqueable de la mentira.

Las palabras de Jesús no dejan lugar a dudas:

“Bienaventurados los pobres porque vuestro es el Reino de los cielos”.

¿Pero cómo abrimos a esa verdad? El rico Epulón le pide a Abraham que envíe a alguien a avisar a sus parientes y éste responde con la evidencia: pero si no han creído en los profetas... Si no creemos en Cristo ¿Cómo podemos llegar a nuestra verdad?

Jesús se esconde a los ojos del mundo en el más pequeño y sólo la fe puede encontrar este sendero. Caminar hacia nuestra verdad es caminar en una creciente humildad, de la mano del más pobre, hacia ese *humus*, tierra común de nuestra humanidad. El descenso es costoso. Tocarnos en nuestras resistencias a entrar en comunión con un corazón que pide latir al unísono es hacernos cargo de nuestras tinieblas, angustias, impotencias, de nuestra mentira: “El miedo, el desprecio y la opresión nacen de la ilusión de ser superior y de la necesidad de demostrarlo”<sup>3</sup>.

Este grito del pobre, primeramente nos confronta con nuestras incapacidades, con las barreras de un corazón que, acorazado, no puede latir al ritmo de otro corazón que nos reclama para salir de la angustia por el aislamiento que lo oprime. Grito que expresa el deseo profundo de “vivir-con”; en comunión. Deseo de un Dios, voluntad del Padre: “Como tú Padre en mí y yo en Ti”.

<sup>3</sup> Jean Vanier, *Acoger Nuestra Humanidad*, p. 42, ed. P. P. C.

Pero también nos confronta con la verdad más propia y escondida que él espeja: el sufrimiento de la soledad y del aislamiento, la angustia inherente al ser humano."Ese sufrimiento es un elemento fundamental de la naturaleza humana; podemos intentar olvidarlo, esconderlo de mil maneras pero siempre está ahí"<sup>4</sup>. La autonomía se abre paso como el atajo que desea encubrir esta fragilidad. Dejarla escondida, protegida para no sufrir. ¡El sufrimiento de la soledad se va paliando en la conquista de un reconocimiento de los otros por lo que tengo, no por lo que soy ! ¡La fragilidad quedará revestida de tantas cosas que finalmente terminaré por olvidarla! La aceptación de la fragilidad del otro depende de la aceptación de nuestra propia fragilidad y de esto depende nuestra relación: ella nos puede despertar irritación, impaciencia, también puede incitar a un amor posesivo y fusional, lo que también es peligroso. Pero también nos puede llevar al descubrimiento de Cristo presente en el otro, presente en nosotros, donde se desfonda nuestro yo en su trascendencia hacia el Padre.

Así este grito del más pobre espeja el nuestro y nos revela la radical trascendencia de nuestro yo, hecho para pertenecer y ser saciado por un amor incondicional. Creados para la comunión, esta necesidad profunda es nuestra vulnerabilidad radical, el grito que reclama a otro para más allá de nosotros mismos, establecer la comunión.

*b) El pobre, revelación del Padre:*

Pero el encuentro con nuestra sed más profunda nos lanza al mundo como sedientos y hambrientos de justicia:

"Felices los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados".

El Padre sacia nuestra sed a través de Cristo encarnado, a través del Reino que él viene a instaurar, donde la desmesura de nuestra sed cobra medida y realidad en el trabajo por la justicia. Una alianza entre dos, es una alianza con el infinito, con un Dios encarnado en los vínculos de nuestro amor con los que va tejiendo su Reino. Ahora el pequeño se vuelve nuestra mejor posibilidad. El se hace camino hacia nosotros mismos y camino hacia el Padre, en alianza con Cristo.

---

<sup>4</sup> *Idem supra*, p. 45.

Así la alianza toma la forma de un “a través del otro”, del pequeño, y con él entramos en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

*“El que recibe a uno de estos pequeños a Mí me recibe y el que me recibe a Mí recibe a mi Padre”.*

En la tierra de nuestro corazones se hace posible el encuentro esponsal. El alma grávida comienza su descenso hasta lo más profundo del corazón, por el peso del alma ya habitada: *Amor meus, pondus meus* (San Agustín). El peso del alma es el mismo Amor de Dios que ha tomado el nuestro y en desborde y plenitud es la gravedad de nuestra alma, que ahora desciende y descansa en su pequeñez habitada. Ahora nos podemos preguntar: ¿A quién pertenecemos? ...Y en la reciprocidad que exige la Alianza podremos responder a la confesión de un Dios, tal como la profetiza Isaías: “Yo te llamé por tu nombre, Tú me perteneces”. La reciprocidad del amor abre un espacio, un “nosotros” que nos trasciende y nos libera de nuestro egocentrismo y autonomía. El más pobre se hace lugar de revelación de nosotros mismos, del anhelo profundo de nuestro corazón, y revelación del Padre, único capaz de saciar esa sed.

*c) El pobre, revelación del camino de unidad:*

Los hambrientos y los sufrientes de este mundo, puestos por Cristo en los brazos de su Iglesia, pueden curarnos y llamarnos a descender de nuestros pedestales de poder y de riquezas y conducirnos a la sabiduría de las bienaventuranzas. Es decir, puede ser que nos ayuden a cruzar el abismo del aislamiento del orgullo y de nuestros miedos hacia la compasión, la comprensión, la ternura, la comunidad. A través de ellos se nos revela que lo más importante en cada uno de nosotros es nuestro corazón; que nuestras manos y nuestros pies no tienen valor sino en la medida que se pongan al servicio del Amor, de la relación fundada en la alianza que surge como un manantial de agua viva de nuestra alianza con Jesús (I Cor. 13,1-3).

“El grito y la confianza que surgen de la persona débil le da un poder secreto: el de abrir muchos corazones cerrados. Los más débiles pueden hacer surgir la fuerza del amor escondido en el corazón de los más fuertes, tal vez porque se identifican inconscientemente con el débil y saben que algún día serán ellos también débiles y necesitarán ayuda como también ser amados y reconocidos”<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Idem supra, p. 44.

“Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia”

*En el pobre se revela el sentido del misterio de la encarnación de un Dios que descendió hasta nuestra sed más profunda para ponerla de manifiesto y hacerse por ella mendigo de nuestro amor, único modo de cumplir el destino de unidad en un mundo roto por el pecado, lleno de divisiones y marginaciones que confiesan la incapacidad de nuestro corazón.*

Pero el pequeño, el pobre, además de ser “oportunidad y llamado” a la unidad, es “Profeta de ese Amor” que se nos dona como la Paz (Juan Pablo II). He percibido en varias oportunidades este misterio en “los más pequeños entre los pequeños”: los discapacitados mentales. A través de gestos que, en su inocencia van más allá de la palabra o de cualquier intencionalidad consciente, manifiestan la voluntad del Padre de unidad, al tiempo que develan las intenciones de nuestro corazón penetrado por el ánimo exitista, lleno de veladas competencias y de la soberbia que se manifiesta en el deseo exclusivista, propios de un corazón aún no purificado.

Me resulta difícil conceptualizar esta experiencia por lo que compartiré una anécdota que puede parecer trivial, pero que en mí fue un acontecimiento impregnado de sentido. Un grupo de jóvenes, atraídos por la mística de las comunidades del “Arca” y a este modo de vivir el evangelio, comenzaron a trabajar en una villa con las personas con discapacidad mental y con sus familiares. Así fue como conocieron a Carolina, una chiquita de seis meses que nació con síndrome de *Down*, en una situación familiar bastante común: el padre no la aceptaba y los vecinos se negaban a ser sus padrinos, al tiempo que la madre cumplía con su instintiva ocupación pero sintiendo a Carolina como la causa de la agresividad y alejamiento de su marido y de la indiferencia y adversidad de los vecinos. Paulina, Lucho y Carina quisieron conocerla y, al descubrir su valor y su belleza a los ojos de los demás, comenzó una silenciosa aceptación por parte de todos, una certeza de que amar no es tanto hacer cosas por los demás sino descubrir la novedad preciosa que cada uno lleva en sí mismo, como “en vasijas de barro”. Este proceso culminó en el bautismo de Carolina de quien fueron padrinos Lucho y Paulina. Fue un bautismo muy particular, al que concurrieron las personas del “taller especial” y sus familiares, además de aquellos vecinos que antes la negaban y también otros amigos recientes. Se celebraba conjuntamente otro bautismo de un niño de la comunidad parroquial, llamado

Emmanuel. Al finalizar la ceremonia el sacerdote, quizás en antecedentes de lo sucedido alrededor de Carolina, dijo que levantasen las manos quienes la habían venido a acompañar y unas 60 manos se levantaron. Yo estaba muy contenta y gozaba de que fuésemos tantos. Con este sentimiento exclusivo por nuestra pequeña, como si hubiese hecho de ella una causa, oí decir nuevamente al Padre que levantasen las manos los que habían venido a acompañar a Emmanuel; quedé con la mano baja hasta que se elevó, empujada por la fuerza de imitación de todas las personas con discapacidad que, naturalmente, no habían hecho la diferencia entre uno y otro y volvían a levantar sus manos. Cuando llegué a casa le pregunté a Sofía si le había gustado el bautismo de Carolina y ella con gran simplicidad me corrigió: “el Bautismo de Carolina y de Emmanuel”. Ese día aprendí mucho sobre el evangelio, sobre cómo el Padre se vale de los pequeños para hacer pasar su Amor a todos sin distinción y sobre lo que alberga mi corazón que, al confrontarse con la inocencia de estos pequeños, puso al descubierto la resaca del pecado de competencia, rivalidad, exclusivismo que generan la división y las rupturas de nuestro cuerpo social y eclesial.

Jesús continúa caminando, como en aquel entonces sobre la tierra, pero en nosotros, su Iglesia, sus discípulos, y más aún, sus amigos. Él nos envía con el poder de su Espíritu para estar con los pequeños, para caminar con ellos y esto significa que, más allá de ideologías y teorías en que la vida se escapa y huye, es en la peregrinación, en el caminar “codo a codo”, donde se establece la reciprocidad de un amor, de una alianza, para ser con ellos un sólo cuerpo donde cada uno tenga su lugar; una comunidad en donde se respeten las diferencias; una comunión para hacernos con ellos verdaderamente la Iglesia de Cristo (I Cor. 12,18-24). En medio de las comunicaciones y ruidos que asedian el mundo, la complicidad silente entre los pequeños establece una comunión que, como el tejido del reino de Dios, va formando comunidades donde pueda brillar su rostro.

#### *d) El pobre, revelación de Cristo-Eucaristía:*

Las personas discapacitadas mentales, al igual que los niños, tienen un sentido de la unidad que se sitúa al nivel del corazón, no al nivel racional, ni espiritual o simbólico. Esta unidad implica comunión y don entre las personas, la unidad de la Santísima Trinidad. “Nadie conoce al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo se lo quiera revelar”.

Más allá de la conciencia, este sentimiento de unidad surge del corazón configurado con el de Jesús, como si la forma de Su revelación fuera actuar desde aquel que deja ser el amor en él.

Guardo en mi corazón este misterio que se me regaló cuando fui a pasar unos días a la comunidad del "Arca" en Choluteca, en Honduras. Choluteca es un lugar muy pobre, castigado por el *mishy*. En el impulso del corazón y quizás con todo lo que había despertado Sofía en mí y unida gracias a ella al mundo del más pequeño, iba como intuyendo que mi viaje era un viaje hacia el centro del corazón de Jesús. Pero también, junto con este ímpetu que ponía alas a mis pies, llevaba los temores que recaían sobre mí misma y sobre aquella doble pobreza que no sabía si iba a ser capaz de recibir. "Señor yo no soy digna de recibirte...". Cuando llegué a la comunidad del "Arca", a uno de los hogares que la componen, el hogar San José, Felipe, un hombre de cuarenta años, discapacitado físico y mental, se arrastraba por un pasillo semioscuro, donde sólo brillaba la luz de su mirada y la de su sonrisa que me recibieron, haciéndome comprender que no era yo la que tenía que hacer un esfuerzo por superar el miedo y la inseguridad, sino que Jesús mismo, presente en él de manera tan especial, era el que me recibía y me daba la bienvenida, pues "una palabra tuya bastará para sanarme".

"Felices los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios".

La experiencia de esta comunión, establecida en la vivencia de un amor gratuito y alegre, era la piedra angular, común a todos los que habíamos participado de este descubrimiento que nos hacía comunidad y en la que se nos donaba un nuevo sentido de la eucaristía. El pequeño y necesitado que nos convoca desde su pequeñez nos hace entrar en el misterio del "Don" donde ya no se sabe quién es el que da y quién el que recibe. Misterio de la vida intratrinitaria. Pero hay un gran misterio en esta posibilidad: el corazón tiene necesidad de la palabra para despertarse, de la evangelización que despierte sus corazones a la fe, a la esperanza, abriéndolos, a través de la oración, al amor de Jesús en ellos.

Para evangelizar al más pequeño es necesario rezar con él; no rezar simplemente como si uno aparentara rezar como en una suerte de condescendencia, sino volverse uno también el más pequeño y adorar juntos en espíritu y en verdad. Me he dado cuenta que, cuanto más ferviente es nuestra oración, cuanto más interior es, más entra en ellos y más dispuestos quedan para entender la Palabra. Así ellos nos enseñan el lenguaje del corazón, la predicación de la Palabra desde el centro cordial

de la oración y de la adoración de donde surge la Parábola del corazón del Padre (Su Hijo) que sólo pueden entender los que se hacen como niños. (“¿Porque les hablas en parábolas....?” Lc. 8,10).

Esta evangelización debe también mirar la capacidad de pequeños sacrificios para que puedan experimentar la esperanza, lo mismo que la reconciliación y el perdón en que expresan una alegría inusitada.

La preferencia por los pobres, presente ya en el Vaticano II, se interpreta quizás a menudo, como una tarea asistencial dirigida a paliar las pobrezas materiales e incluso humanas de conocimientos e integración. La evangelización, y más aún en los disminuidos mentales, es dejada muchas veces de lado. Sin embargo, es gracias a esa evangelización que ellos pueden mostrar el lugar que tienen junto al Corazón de Jesús y su presencia privilegiada en ellos.

La unidad hacia la que todos tendemos, la unidad del Cuerpo, no puede venir si no nos hacemos uno con Cristo y uno con los excluidos de este mundo. En este misterio de “comunidad” se apoya, como en la piedra angular, la comunidad y un sentido vivo y real de la Eucaristía.

#### *e) El pobre: revelación de nuestra integridad:*

Pero así como es difícil entrar en nosotros mismos, es difícil entrar en el otro, en sus necesidades. El amor nos desafía a esa comunión que nos hace estar presentes en el otro, más allá de las palabras. Este misterio se toca en “El Arca” cuando en una comunidad uno de los miembros sufre una discapacidad profunda. ¿Cómo conocer a esa persona? ¿Cómo entrar en la vida encerrada allí, crucificada? ¿Cómo descubrir esa vida que quiere ser liberada, resucitada del encerramiento en la soledad, la incomunicación, la incomprensión?<sup>6</sup>.

El misterio de la encarnación se nos revela en nuestra realidad humana. Podríamos decir que desde que el Verbo se hizo carne, toda carne puede convertirse en Verbo. El cuerpo del discapacitado no miente. El es lo que aparenta. En su cuerpo está confesada su discapacidad, su necesidad de otros para vivir; la vida que, encerrada en él, quiere entregarse.

<sup>6</sup> Nowen, “El Amado de Dios”, ed. P. P. C.

Esta limitación en el discapacitado es nuestra mejor posibilidad para descubrir el camino de nuestra unificación interior, de nuestra integridad, en que la opacidad de la carne se puede volver transparencia, gesto del espíritu. En la discapacidad se encierra este misterio y la paz que surge de ese cuerpo hecho lenguaje nos invita a entrar en la necesidad de nuestra unificación interior, de ser lo que aparecemos, sin encubrimientos, sin huídas, para en esa sencillez poder estar allí, sin división, permaneciendo en el presente, cuyo lugar lo indica el cuerpo. Este estar presentes sin división es poder acoger la vida en su totalidad tal como se nos quiere brindar en el aquí y ahora. Esta paz interior es la que puede restaurar la paz en el mundo. Las divisiones y guerras en el mundo son la expresión de las rupturas y divisiones, de las violencias y luchas que nos habitan.

“Felices los pacientes, porque poseerán así la tierra”, donde enraíza nuestra humanidad común, suelo desde donde emergen las riquezas de nuestras diferencias y el destino común que nos espera.

*f) El pobre, revelación de la vida oculta:*

¿Quién puede creer que este hombre, muriendo en la Cruz, puede donarnos la vida? ¿Quién puede creer que los crucificados de nuestro mundo pueden donarnos la vida? Jesús en la transfiguración nos enseña a mirar, a traspasar con la mirada nuestro propio horror de muerte y de Cruz para encontrar el perdón y la vida. Espantados por la escena del Calvario huímos desbandados, desunidos. Unos pocos quedan al pie de la cruz y entre ellos comienza una nueva historia. María de Juan y Juan de María; María de Cleofás y Cleofás de María; María Magdalena de Jesús y Jesús de María Magdalena; y en estos vínculos de madre e hijo, de esposa-esposo, de pecadora-amante y Amador se derrama el Espíritu. ¿Quién puede mirar al pobre sin temer ser absorbido en su noche, en su aislamiento, en su cruz? ¿Quién no se revela contra esta contradicción de existir sin aparente sentido?

“Felices ustedes cuando sean insultados, perseguidos (marginados) y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese...”

Aprender a mirar. Cuando vino a la Argentina Nadine Tokar, fundadora del “Arca” en Honduras, fuimos a visitar el Instituto Psiquiátrico “Montes de Oca” y allí, entre tantas personas discapacitadas y abandonadas por sus familiares, se encontraba Laurita. Laurita tiene 13 años y

un cuerpo de una niña de 6 años, tullido en su parte inferior; ella se encuentra acostada con la cabeza hacia atrás y no tiene lenguaje. Al acercarnos Nadine me dijo: ¡Mira cuánta vida hay en ella! Yo no veía nada pero quise ver. Comencé a llamarla por su nombre y ella sonreía; la acariciaba y volvía a sonreír. Tomé sus piecitos tullidos y los comencé a acariciar y como si allí, en la parte más baja estuviese todo su cuerpo y se hubiese sentido acariciada en su totalidad, tomó con su mano la cabeza y la dirigió hacia mí con un brillo lleno de vida en sus ojos y con una sonrisa llena de amor y de agradecimiento. Guardo este momento en mi corazón como el acontecimiento revelador de esa trascendencia albergada en un cuerpo tullido y en una mente limitada, que está pronta a ser alcanzada por nuestra ternura para derramar su agradecimiento como un perdón.

Pero este descubrimiento rescata la vida encerrada, oprimida, sólo cuando nuestra mirada se libera y es capaz de ir más allá de los prejuicios y temores que nos esclavizan. Liberar la vida que hay en el otro es entrar en un manantial que nos lleva juntos hacia un puerto seguro: los brazos del Padre, como si el más pequeño nos tomara en sus brazos, como si el mismo Jesús nos volviera a redimir desde el misterio del pequeño que esconde lo más grande: nuestra salvación. A través del más pequeño somos devueltos al redil, en brazos del buen Pastor, para ser comunidad.

*g) El pobre, revelación de la ternura del Padre:*

Quiero terminar, aunque se podrían escribir páginas y páginas sobre la inmensidad de lo pequeño. Terminaría, con una experiencia muy honda que tuve en el "Arca" de Cholulteca. Allí todos los lunes hay una hora santa con exposición del Santísimo. Toda la comunidad está presente y el silencio es elocuente. Hacia el final se rezan las súplicas o acción de gracias de cada uno, compartidas entre todos, asistentes y asistidos. Quedé impactada por la oración de personas con discapacidad que apenas tienen lenguaje y que compartían sus súplicas junto con nosotros. Melitta, una mujer con síndrome de *Down*, susurraba una música que comenzaba y terminaba, luego de lo cual todos decíamos: "Te lo pedimos Señor". Sandra sólo decía "papá, mamá" y lo repetía tres veces y, realmente, al saber sobre su situación familiar, decíamos: "Te lo pedimos Señor" con la conciencia que seguramente ella no tenía en la inocencia de su oración. Felipe repetía: "Pare, Pare, Pare Tú" y lo repetía

como una letanía y yo experimenté junto a él la oración al Padre, al Tú que nos hace ser “Nosotros”, al tiempo que la resonancia de: “Este es mi hijo muy amado, en quién me complazco” se dejaba oír en mi corazón como una tonada, en el descubrimiento de una ternura que me revelaba quien es el Padre.

Gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeños y en su cercanía nos haces partícipes de ella. Sí Padre, pues el pequeño despierta la ternura de tu corazón, tu beneplácito, al tiempo que, todos juntos, viviendo y rezando con ellos, bajo su sombra, nos hacemos comunidad y el rostro de tu Hijo brilla sobre nosotros.